

VICENTE CALERO QUINTANA.



A UN ARBOL EN INVIERNO.

Mirad el árbol cuya sombra amena
Era un abrigo en el ardiente estío:
Ya no brilla en sus hojas el rocío
Ni el aura viene á consolar su pena.

Y como el alma en el dolor dormida
Con dulces esperanzas se conmueve,
Así un manto purísimo de nieve
Baja á cubrir el sueño de su vida.

En las mañanas del abril sereno
Con orgullo vivífico se alzaba,
Cuando el brillante sol le despertaba
Bañando con su luz su hojoso seno.

Tú eras entonces la feliz morada
Del alado cantor, tú eras su anhelo,
Y si en tus ramas descansaba el vuelo,
Allí gozó caricias de su amada.

Tus bellas flores de precioso aroma
Marchítanse entre cándidas espumas;
Baja la nieve sobre tí cual plumas
Que en su vuelo esparció blanca paloma.

Cambiará luego la estacion.... seguro
Elevarás la frente vencedora....
¡Y al acerbo dolor que me devora
No vendrá la estacion de un placer puro?



A UN SUSPIRO.

Del alma, suspiro mio,
Sales como nunca triste;
Vuelve á decirme si heriste
Al ángel de mi albedrío.

Hijo de mi amor profundo,
Tierno suspiro, ¡mi pena
A vagar ¡ay! te condena
Como huérfano en el mundo!

¡Vagar! á la amada mia
El pecho ardiente te arroja;
Hazle sentir mi congoja
Aunque te desprecie impía.

Dile que aquí en mi dolor
Levanto la vista al cielo,
Implorando por consuelo
La sonrisa de su amor.

Dile que solo con ella
Podré vivir, que mi canto
Es el mas lúgubre llanto,
Es la mas triste querella.

Dile, dile que á mi ver
De sus ojos la luz pura,
Esperanza es de ventura,
Inagotable placer.

Dile, supiro, á mi bien
Que yo te mandé á su lado,
Que por mí la has halagado....
Mas no te detengas, ven.

Ven á consolarme, sí;
Dime que á su alma llegaste,
Y que tambien le arrancaste
Algun recuerdo de mí.

TODO ES MENTIRA.



Ciega y perdida la familia humana
 En esta breve senda de amargura,
 Con sombras de placer y de ventura
 Cubre la frente á juventud lozana.

A las flores, al campo, á la mañana,
 Al sol, al mar, al aura que murmura,
 A la apacible luna, á la hermosura,
 Alza su voz febricitante y vana.

¡Miseria humanidad! descorre el manto
 En que envuelves pueril tanta mentira,
 Y no pretendas ocultar el llanto.

Rasga la venda de tu engaño, y mira
 Que este jardin y su falaz encanto
 En nuestros labios maldecido espira.

MANUEL CARPIO.



CAMINO DEL GÓLGOTA.

Melancólico el sol con roja lumbre
 Entibiaba las aguas del mar Muerto;
 Estaba ardiente el polvo del desierto,
 Y se abrasaba del Tabor la cumbre.

Flotan en Siria lánguidas las palmas,
 Y en Jericó desmáyanse las rosas;
 Las horas pasan lentas y tediosas,
 Y están inquietas en Salen las almas.

El Señor, entre tanto, sin consuelo,
Y desangrado, y con la cruz al hombro,
Iba llenando de estupor y asombro
Al pueblo y á los ángeles del cielo.

Caminaba con paso vacilante
Entre soldados de robustas cotas,
En medio de mil lanzas y garzotas,
Y triste el Centurion iba delante.

Entre la grita y el tropel impío
De la insolente guardia pretoriana,
Caminaba el Señor, esa mañana,
Envuelto con el polvo del gentío.

A solas repasaba tristemente
En medio de tan lúgubre aparato,
La amarga historia de su mundo ingrato,
Mundo á la par soberbio y delincuente.

Tal fué el calor y agitacion del día,
Que va su cuerpo de sudor bañado,
Y sin aliento va, y en tal estado
Su corazon perdona todavía.

De este modo la tórtola sencilla
De las desiertas rocas moradora,
En garras del halcon que la devora
Sufre inocente y muere sin rencilla.

En medio de las olas de la gente
Puédese apenas descubrir el Verbo;
En sus ojos se ve pesar acerbo,
Grande congoja en su abatida frente.

Al cansancio rendido, y desvelado,
Falto de fuerza á la fatiga cede,
Y en languidez mortal seguir no puede
Los grandes pasos del brutal soldado.

La sangre de Jehová corre caliente
Por su cuerpo blanquísimo hasta el suelo;
Cubre sus ojos tenebroso velo,
Y poco á poco desmayarse siente.

Aparta, ¡oh Padre! del unguido aparta
La copa del dolor que está bebiendo:
Su alma se rinde en lance tan tremendo,
Harta de tedio y de congojas harta.

En tan profunda y angustiosa pena
Inconsolable Dios lanzō un gemido,
Hasta que al fin á su dolor rendido,
Cayó, y su rostro se estampó en la arena.

Entonces crece el popular murmullo,
La burla entonces del gentil osado;
Entonces los insultos del soldado,
Y el triunfo vil del farisaico orgullo.

Cayó el Verbo en la arena desangrado,
Y un instante quedó sin movimiento,
Pálido, sin calor y sin aliento,
Como la flor que deshojó el arado.

Ese que ves postrado y abatido,
Mojada en sangre y en sudor la ropa,
Hecho el ludibrio de insolente tropa
Y objeto de sacrílego alarido,

Es el mismo que estaba allá presente
Cuando el Padre los cielos extendía:
A los astros caminos prescribía
Y les daba la luz resplandeciente:

Es el mismo Criador, el Hijo mismo
Que si amenaza al mar, el mar se humilla,
Que pasar no lo deja de su orilla,
O bien lo arroja de su inmenso abismo.

Aquí rindióse á un pálido desmayo;
Pero cuando su rostro centellea,
La alta montaña formidable humea,
Y vuelan el relámpago y el rayo.

Se alzó por fin, y expuesto á mil sonrojos,
Bajaba el melancólico semblante,
Y solo á veces por algun instante,
Tornaba al cielo sus nadantes ojos.

Entre negro terror y sobresalto
Al deshonrado Gólgota camina,
Y al grave peso de la cruz se inclina,
Falto de sangre y de consuelo falto.

Cuando se acerca á tí la Vírgen bella,
En sus ojos, Señor, tus ojos clavas;
Pero al mirarla, de dolor temblabas,
Y al mirarte temblaba tambien ella.

Y suda de amargura y de congoja,
Viendo el sudor de tu humillada frente,
Y sin consuelo llora la inocente
Al ver el llanto que tu rostro moja.

Huérfana ¡ay Dios! y atónita de espanto
Te acompaña tu madre desvalida,
Pasada el alma con terrible herida,
Suelto el cabello y descompuesto el manto.

Entre tanto la Roma de Tiberio
Dominada de lúbricas mujeres,
Al fausto se entregaba y los placeres
Con escándalo inmenso del imperio.

Allá las damas sus hermosos cuellos,
El pecho y piés descubren licenciosas,
Mientras que por venderse las esposas,
Perfuman sus adúlteros cabellos.

Piadosas á tu lado unas judías
 Tu deshonra y suplicio van llorando:
 ¡Por qué no muestra corazón tan blando
 El pueblo todo que escogido habías?

“¡Ay! no lloreis por mí, dices gimiendo;
 Por vosotras llorad y vuestros hijos:
 Tiene el grande Jehová los ojos fijos
 En Salén y en el Gólgota tremendo.

“Si esto que veis le pasa al inocente,
 Al hijo mismo del Criador del cielo,
 ¿Qué esperanza le queda de consuelo,
 Qué esperanza le queda al delincuente?

“Un enemigo irresistible y duro
 Os cercará de foso y de trinchera;
 Matanza sin piedad habrá por fuera,
 Matanza sin piedad dentro del muro.

“Temblarán las doncellas delicadas
 De las armas romanas al estruendo,
 Y de Jerusalem saldrán huyendo,
 ¡Ay! huyendo como aves espantadas.

“El extranjero de piedad ajeno,
 Con el pueblo será tan inclemente,
 Que cruces faltarán para la gente,
 Y para cruces faltará terreno.

“Vendrá la peste y la hambre asoladora,
 Seguiránse batallas á batallas,
 Y abrasará palacios y murallas,
 Y el templo ¡oh Dios! la llama vengadora.

“Sangre y mas sangre correrá en el foso,
 Y en esas calles que darán espanto,
 Y en esas plazas húmedas del llanto
 Del niño, de la esposa y del esposo.”

Dijo, y los pretorianos sus vasallos
 Lo impelen y urgen con terrible acento,
 Y al tocar en el Gólgota sangriento,
 Cayó en tierra á los piés de los caballos.



JOAQUIN M. DE CASTILLO Y LANZAS.



LA MELANCOLÍA.

En tanto que los males
De una existencia sufro en que la pena
Usurpa lo mejor, y su cadena
Arrastro pesaroso;
¡Dulce bien de mortales!
Por tu influjo piadoso
Se aplaca mi agonía;
Por tí, por tí, gentil melancolía.

Por tí tranquilo aliento,
Hija del cielo, predilecta diosa,
Que por la senda lúgubre, escabrosa,
De nuestra árida vida
Semillas de contento
Siembras favorecida,
Y viertes almo encanto
En la estremada dicha, en el quebranto,

Tu ausencia es desventura
Para un seno de amor. Desque en Poniente
Ornado de hermosura y esplendente
Parte el sol luminoso,
Hasta que aurora pura
Renace, el manto umbroso
De noche desgarrando,
Tu reino es mas que nunca dulce y blando.

¡Qué á tí del sol brillante
Importa el rayo ardiente, de que herida
La tierra se nos muestra mas lucida,
Si en tu union deliciosa
Respira una constante
Ventura cuanta cosa
El cielo haya criado,
Hija graciosa de su fiel cuidado?

Siempre á mi ver presentas
Invariable piedad: ¡y quién no goza

Tan caro don de tí? Bien sea en la choza
 Del vil menesteroso,
 Bien en el que te ostentas
 Palacio suntuoso,
 Muy mas que sus riquezas
 Son para mí envidiables tus ternezas.

En tu palma apoyada
 Miro tu faz, tus ojos enclavados
 En esa empírea esfera: allí contados
 Están en las estrellas
 Tus dones, diosa amada,
 Tus cualidades bellas;
 Y luce en su alta via
 La imágen de la *tuya* en su armonía.

De tu sencilla frente
 Por las opuestas sienas penden bellos
 Sin artificio alguno tus cabellos:
 Tal en noche de luna,
 Nube que trasparente
 Pasare por ventura
 Su resplandor apena
 Encubre, con que brilla mas serena.

Y tu veste ligera
 Simbólica es de tu genial pureza,
 ¡Oh nūmen celestial de la terneza!
 El fin de tu existencia

Al hombre lisonjera,
 Es dispensar clemencia;
 Y el mortal infelice,
 Por ella, diosa amable, te bendice.

Cuanto hay de mas hermoso,
 Cuanto de amable y bello en la natura
 A dar realce á tus gracias se apresura;
 Y hasta la muerte misma,
 Y el sepulcro espantoso
 En que el pesar se abisma,
 Desnudos de aflicciones
 Por tí inspiran sublimes reflexiones.

Y la apacible reina
 De la noche callada, cuya pura
 Faz baña el colorido de ternura,
 Pálido y delicado,
 Al paso que serena
 Guia su carro argentado,
 Llena de tus amores
 Cubre de llanto montes, valles, flores.

Risueña primavera
 Te ofrece su dulzor con gozo tierno.
 Pavorido ante tí huye el invierno,
 Y sus iras funestas
 A la playa postrera
 Inculta y sin florestas

De la Grolandia helada
Rugiendo van, en fuga acelerada.

El céfiro halagüeño
En sus alas recoge de tu aliento
El dulce aroma, y vase en el momento
A embalsamar los aires
Con amoroso empeño,
Sus juegos, sus donaires
Complacido ejerciendo
Do están flores preciosas renaciendo.

De sus techos sencillos
Al abrigo zagalas y pastores
Inocentes celebran los amores
Que á sus pechos agitan
En dulces caramillos
Que su pasion imitan,
Mostrando en sus sentires,
El amor que tú impartes do quier gires.

Si alguna vez süave
Exhala un ¡ay! tu seno acongojado,
Suspira el ancho bosque: sosegado
El leon su furia olvida;
Y encantadora la ave
Que de tí es mas querida,
Filomena dichosa
Responde en trinos varios, melodiosa.

Los árboles frondosos
En son acorde y grave simetría
Mecen tristes sus ramas: niebla fria
Baña las heredades:
Los raudales copiosos,
Que en mil sinuosidades
Parten por las llanuras,
Diciendo van, ¡oh diosa! tus ternuras.

¡Venturoso el humano
Que supiere apreciar cual se merece
Tu celestial influjo! No florece
Tu amor fino en el alma
Do entró el poder insano
De la apática calma,
Que sin gozo y sin ira
Recibe el bien y el mal y todo mira.

Tú no leve deslizas
Cual forma de esperanza lisonjera
Que nos conduce en rápida carrera,
Mas á donde ignoramos.
Ni tú falaz hechizas
Las mentes; ni formamos
Aérea vision de un día
Fascinados por tí, melancolía.

No; real es tu consuelo.
De los excelsos, celestiales techos,

Desciendes á aliviar sensibles pechos
 Que por tí claman fuerte;
 Desciendes á este suelo,
 Do todo es pena y muerte,
 Para brindarnos pia
 Tu néctar delicioso y ambrosía.

Ven, pues, amable diosa,
 Inflama con tu afecto nuestros senos;
 Por tí son nuestros dias mas serenos,
 Mas grata nuestra vida;
 Y la suerte horrorosa
 Por la culpa atraida,
 Triste culpa primera,
 Cede solo á tu magia lisonjera.



LA GUIRNALDA.



Cuando en plácido sueño
 Yacias tú tranquila reposando,
 Lesbia, mi dulce dueño,
 Al rayar de la aurora, en tí pensando,
 Por la florida falda
 De aquel monte estraviéme.

Esta guirnalda—

Confiesa, ¿no es bonita?—
 Tejí, cual de tus gracias en traslado;
 Y su conjunto imita
 Como fiel copia á superior dechado,
 A que igualar no atina,
 La union de esas tus prendas que es divina.

Entresaca, pues, de ellas
 Las que admirara mas tu fantasía
 Por dulces y por bellas,
 Por su fresca y pomposa lozanía;
 Y deja que luciente
 Corona orne tus sienas dulcemente.
 Y porque la he tejido,
 Lesbia, solo por tí, tantas canciones
 En recompensa pido
 Con laud y voz en armoniosos sonos
 Que oír tú me concedas
 Cuantas las flores son que contar puedes.

JOSÉ BERNARDO COUTO.

A FILIS EN EL INVIERNO.

SÁFICOS SIN RIMA.

La excelsa cumbre del sagrado Ajusco
Ya otra vez ciñe su invernal corona
Desque mi pecho con afecto casto
Férvido te ama.

La bella ninfa que los prades viste
De floreal pompa en la estacion primera,
La bella ninfa de quien dulces besos
Céfiro liba,

Y de verano el rutilante cirio
Que rayos lanza á la tostada tierra,
Y el padre otoño cuyas sienas orna
Báquica yedra,

Vieron la llama perennal que abrasa,
Cándida Filis, á tu amante tierno:
Viéronla y fueron; y la llama aun vive
Dentro del pecho.

Con lento paso el aterido invierno
De nuestros campos volverá á otro clima,
Vivo dejando de mi amor el fuego,
Plácida amiga;

Y primavera tornará á mirarme
De tus encantos ocupada el alma,
Mi blanda lira repitiendo siempre
Tiernos amores.

¡Dulce embeleso de la vida mia,
Propicia atiende mi ferviente voto;
Oye á tu amante que á los cielos lleva
Humildes ruegos.

Eterno lazo por amor formado
Mi suerte ligue con la amable Filis;
De rosas teja la feliz cadena
Blando himeneo.